

La inmigración andina y su percepción social del tiempo

Juan José Ruiz Blázquez

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Con esta ponencia analizaremos cómo cambia la identidad personal y social de los emigrantes de la geografía andina cuando cambian de vida y de país, cuando salen de la tierra que les vio nacer y crecer, para pasar a vivir en una sociedad que no es la suya, a una sociedad regida por pautas culturales distintas en un contexto de capitalismo avanzado, en este caso la sociedad española, y concretamente la ciudad de Madrid. El paso de sociedades que basculan entre lo moderno y lo premoderno y con una fuerte impronta colonial a otro tipo de sociedades plenamente modernas plantea el problema del desclasamiento y el reclasamiento a que obliga la sociedad de acogida. Las categorías sociales de espacio y tiempo son fundamentales en este proceso de readaptación, pues tienen que cambiar sus ritmos vitales y su manera de relacionar el pasado, el presente y el futuro, redefiniendo las fronteras de éstas dimensiones.

Palabras clave

Tiempo, Espacio, América, Barroco, Andina, Inmigración.

Introducción

Cada una de las sociedades, además de vivir el tiempo de una manera que le es propia, cada sociedad es también una manera de hacer el tiempo y de darle existencia, o lo que es lo mismo, una manera de darse existencia como sociedad, su modo propio de temporalidad histórica, temporalidad efectiva que conlleva un modo de hacer que se impone a todos los individuos y que es a su vez una manera de ser (Castoriadis, 1989). Las aspiraciones y anhelos de futuro conllevan estados de espera que ordenan tanto el pasado como el futuro, asumiendo los acontecimientos no como pura sucesión sino como el carácter del destino. Los estilos de vida, asociados a una determinada experiencia de lo temporal, corresponden a una jerarquía interna de prioridades que arrastra inevitablemente el problema del tiempo y su asignación. La esperanza, la expectación y la espera son las dimensiones fundamentales del tiempo (Ortega y Gasset: 1972). De un modo análogo el modo en cómo experimentan los hombres y mujeres el tiempo está internamente ligada a la imagen de sí mismos (Elías, 1987: 76).

Para entender como los emigrantes andinos se convierten en inmigrantes en una sociedad plenamente urbana, hay que comprender cual es la concepción que tienen del tiempo, así como a su forma de interiorizarlo. Para ello es necesario remitirnos a las condiciones sociohistóricas de sus lugares de origen, indagando en las experiencias como lectura de las huellas que la historia colonial ha dejado en ellos, en el pensamiento y en los cuerpos, y consecuentemente los procesos inconscientes por medio de los cuales asumen y

justifican determinados estilos de vida que la inmigración propone, en definitiva, una manera de pensar. Posteriormente haremos un recorrido alrededor de sus infancias y la vida familiar, la juventud y los noviazgos, los primeros momentos en Madrid, el trabajo y el ocio, y como la inmigración es un estar aquí y allí. Finalmente, a modo de conclusión, apuntaremos lo más relevante de las trayectorias vitales en relación a la dimensión temporal de los inmigrantes andinos de la geografía madrileña. Nos hemos servido de entrevistas en profundidad sobre materiales biográficos.

Algunas reflexiones sobre América

Europa no se entiende sin el descubrimiento de América. El continente europeo tendrá que encontrarse con la otra parte de la humanidad para que tome conciencia de sí misma. América desde un primer momento desafió a la inteligencia de los europeos, ya que el dogma bíblico y la ciencia del viejo continente no servían para dar cuenta de este descubrimiento, con una geografía y unos hombres desconocidos. La historia de las ideas latinoamericanas será siempre una historia del modo cómo hemos mirado y explicado nuestra circunstancia a través del tiempo, pues el latinoamericano no ha tenido la urgencia de plantearse el problema general del ser, al contrario, la constante reflexión sobre su identidad lo que le ha urgido siempre es poner los referentes de una gnoseología de su ser en un estar aquí y ahora. (Valdano, 2011: 138). La identidad latinoamericana gira no tanto a alrededor de su espacio y de su geografía como de su historia, al contrario de lo sucedido en Europa, donde la modernidad ha ido borrando los vestigios fundacionales originarios. Para explicar el modo de ser de la nación ecuatoriana, Juan Valdano nos remite al concepto de caos. Señala que para el caso de Ecuador existe un caos que “funciona”, un acomodo a lo que parece un desorden diario. Señala este autor como defectos de los ecuatorianos: la inconstancia, la alegre irresponsabilidad, vivir para el instante y no para el futuro. Como virtudes: la innata capacidad para reaccionar ante lo inesperado, la capacidad de inventar, aunque de manera indisciplinada y no acatando la norma.

Para entender la genealogía de las ciudades andinas y su influencia en los modos de ser de sus habitantes hay que hacer referencia al concepto de barroco. El barroco estaba asociado a la mortalidad y a la alegoría porque los indígenas urbanos optaron por rehacer sus vidas tras la catástrofe de la Conquista, en el espacio de la muerte, a través de una teatralización de su nueva identidad mestiza. Debían de inventarse una vida dentro de la muerte. El barroco representa la transitoriedad de la existencia, la ruina era la figura alegórica que expresaba esta visión de la historia como espacio de la muerte y de la melancolía a la que daba lugar. El barroco, por tanto, es una fuerza constitutiva de América Latina que generó unas disposiciones que moldearon la sociedad colonial y que se mantuvieron latentes cuando la modernidad barroca fue sumergida por modernizaciones posteriores, como la ilustración borbónica y el liberalismo decimonónico.

Infancia y Vida Familiar

Ser varón o mujer no es indiferente a las distintas concepciones y al sentido que cada uno atribuye a la existencia, y por tanto a la dimensión temporal. La infancia y la fami-

lia no son dotadas de los mismos significados por mujeres y varones. En el caso de las mujeres, el trabajo y las responsabilidades asumidas desde temprana edad les obligan a mantener una relación con el mundo que les rodea y con la familia desde la practicidad material, al recaer sobre ellas las duras exigencias de la vida doméstica, pues no tienen tiempo para el juego y siempre están ocupadas en quehaceres ajenos a la niñez, perdiéndose rápidamente el recuerdo de la infancia por ser ésta muy corta. La infancia para los hombres es más larga, y se muestra como un universo lleno de sorpresas donde existe la posibilidad de jugar y experimentar con la naturaleza. Manejan una concepción más imaginaria de esta época de la vida. La familia y la naturaleza son imaginadas como espacios míticos donde no ocurren acontecimientos. Al contrario de las mujeres, el espacio de la infancia es idealizado e inmaterializado, Mi hermana nos hacía la comida pero no la importaba. Como todo era para todos, nadie se molestaba por hacer algo por los demás, frente a una concepción más realista y dura de las mujeres en el que el maltrato familiar ha marcado profundamente sus vidas, debido a esa concepción patriarcal de las sociedades de donde son originarias. Mi madre veía que sufría mucho, no así los varones, porque ellos se dedicaban a exigir para tener lo que ellos quisieran. En efecto, tan importante es la distinción de género, que el tiempo y la identidad de los varones en sus países de origen tiene que ver fundamentalmente con la mujer, pues ésta es quien preserva y mantiene las tradiciones y normas familiares en momentos de crisis, como cuando muere o falta el padre o la madre, o ambos, manteniendo las costumbres, las comidas familiares en los días festivos y el respeto hacia los demás. En las mujeres predomina la palabra como espacio de negociación y de conflicto, por esa facilidad para relacionar los acontecimientos que les han sucedido, mientras que en los hombres la imagen adquiere tal potencia evocadora, sobre todo de su infancia, que mitifica aún más un mundo sin conflictos. La preponderancia de la palabra o de la imagen, según sea el caso, son capaces de configurar distintas subjetividades. Me acuerdo que la primera marcha que yo asistí fue en el año 92 cuando se hizo la marcha de los quinientos años de resistencia indígena en el Ecuador. Mi papá me llevo allá. No sé por qué me llevaría. La cuestión racial es una marca constante en la vida de las mujeres y los varones ya desde la infancia, contribuyendo a crear subjetividades racializadas que impiden ir más allá de los marcos espaciales y temporales impuestos. Mi padre decía que sus nuevos hijos eran más guapos, que tenían los ojos más claritos. Mi hermano dijo que la única venganza nuestra era estudiar, demostrándole que los del pueblito tal vamos a salir adelante.

Juventud, Noviazgo y Estilos de Vida

Cuando lleguen a la juventud, mujeres y varones poseen conceptos, imágenes, ideas y formas de relacionar los hechos de manera distinta. Empiezan, literalmente, a habitar el mundo de manera diferente. Las mujeres buscando el amor romántico. Soñando la búsqueda de un varón que les saque de la rutina para empezar a construir un futuro. Siempre quise conocer a un hombre que me quisiese para quedarme toda la vida con él. En este momento empieza a labrarse el conflicto, sobre todo con las madres, que consideran que el amor hay que ponerlo en un segundo plano, buscando en primer lugar un hombre que les evite pasar por las mismas penurias económicas y la escasez material que ellas han tenido que soportar. Mi papá estaba atento de hacerme casar con un señor riquísimo

propietario de varias haciendas y que tenía cincuenta años. ¡Es que mi papá estaba más joven que este señor! Este desacuerdo, reforzará aún más la construcción de un tiempo interior, buscando denodadamente el amor en el interior de sus corazones, pues en el mundo exterior habita la desconfianza y acechan peligros insondables, pues tales son las experiencias negativas que han tenido con sus parejas, recluyéndose en un mundo propio de mujeres. He tenido la oportunidad de conseguir novio pero no he querido. Mejor es estar solita y no pensar en nadie. Pareciera, como si en esta etapa de la vida de las mujeres, empezaran a tomar conciencia de que son capaces de moldear el tiempo, de construir escenarios de futuro. A pesar de los sinsabores que el amor les reporta, empiezan a tener confianza en sí mismas y deciden emigrar, dejando atrás unas circunstancias vitales no del todo gratas. Los varones, por su parte, han salido de su mundo imaginario, instalados en el reino del conflicto que supone habitar el espacio público, alejados ya de la protección familiar. Los cambios que protagonizan y en los que se ven envueltos, optar por las diferentes alternativas que la elección les plantea, casan mal con esa idealización de un mundo estable y ordenado. El tiempo lineal al que se ven expuestos cuando habitan el espacio público supone tomar responsabilidades, incompatibles con la socialización en un tiempo cíclico donde todo se repite, en el que la responsabilidad se ve disminuida a favor de “un dejar pasar el tiempo” donde no hay un comienzo ni un final. No entiendo por qué todo cambió. Perdí el trabajo; perdí el negocio; perdí a mi mujer; me quedé solo. Luego recuperé a mi mujer y recuperé mi trabajo. Pero ya nada era igual. No entiendo porque todo cambia una vez que...no sé. Las relaciones con las mujeres, los noviazgos que protagonizan, están sujetos a las consecuencias de esta forma particular de relacionarse con el tiempo. Estaba sin camino en ese tiempo, sin saber qué hacer, o sea, no tenía sentido nada. Las mujeres para los hombres son especies de salvavidas que les sacan del mundo del vicio y de las juergas. Buscan mujeres que les cambien la vida a través de la donación de su tiempo, un tiempo doméstico del que tanto están necesitados. Mujeres que no fumen, ni beban, ni bailen, y tampoco tengan vicio alguno. Era una chica de casa. Con su ayuda dejé ese mundo.

Cuando las mujeres emigren los hombres se quedarán en sus países de origen, totalmente desconcertados y sin rumbo. De uno en uno empezaron a venirse todos y cuando me doy cuenta aquí ya había despedido a todos y me quedé solo. El predominio de la responsabilidad individual, muy relacionada con la decisión de emigrar de las mujeres, está muy vinculado a la estrechez material, por lo que emigrar es una oportunidad, un acontecimiento que irrumpirá en sus vidas y que asumirán desde la más absoluta individualidad y convencimiento propio para romper con ese tiempo impuesto y apenas elegido. En mi pueblo no había vida, todo el tiempo lo mismo. ¿A qué aspirabas allí? Quería conocer otras maneras de vivir. En el caso de las mujeres existe una tensión entre lo comunitario y lo individual que se resolverá en la toma de una decisión radical: emigrar. Dejan atrás a la familia entera, incluido sus hijos e hijas, aunque suponga el reproche de aquella. Salir fuera de sus comunidades y emigrar a la ciudad en algunas ocasiones, antes de partir al extranjero, supone embarcarse en un nueva vida, facilitada por un tipo de habitus adquirido ya desde la primera infancia, un estilo de vida que descansa en una particular destreza del manejo del tiempo y los contratiempos, a pesar de la rutina y la repetición, administrando el tiempo de manera prodigiosa entre las diversas actividades, haciendo frente a lo imprevisible, controlando lo azaroso, creando y aprovechando nuevas o viejas oportunidades, ade-

rezado todo ello de una confianza inexpugnable en sí mismas y unas energías casi inagotables. Siempre he sido muy inquieta como mi madre. Yo tenía en mente venir a España, a la Universidad de Salamanca. Cuando emigren del campo a la ciudad, antes de partir al extranjero, han adquirido un aprendizaje del mundo urbano, aprendiendo a elegir una serie de prioridades que está ligada de manera estrecha a una asignación del tiempo, sobre todo la planificación horaria de sus diversas actividades.

Plantearse la decisión de emigrar permite soltar lastre de la pesada carga de una vida monótona y sin alicientes. Los acontecimientos traumáticos supondrán una grieta o fuga por la que entren en escena otras maneras de vivir los acontecimientos. Las rupturas familiares serán ese tipo de acontecimientos que les permitan la posibilidad de labrar una ideación del tiempo distinta a la que sus estructuras mentales les predisponen. En el caso de las mujeres, sobre todo las que proceden del mundo urbano, los conflictos de pareja serán los que empujen a tomar la decisión de emigrar no sin antes haber interiorizado un mundo interior basado en los ideales del amor romántico, una vida íntima, de ensoñación, que chocará con la realidad del maltrato y la infidelidad de sus parejas o la separación o abandono de sus padres. En el caso de las mujeres provenientes del campo será sobre todo la falta de horizontes e incentivos lo que les hará emigrar. Los varones mientras tanto se quedan en el país de origen, esperando de manera expectante cómo les va a las mujeres en su nuevo destino. Hasta que viajen a España, su vidas siguen los mismos derroteros, incluso peor, que cuando las mujeres estaban con ellos. Es tal la soledad y el desconcierto que les provoca quedarse sin los lazos afectivos familiares, que tendrán muchas dificultades para llegar a comprender los motivos de su salida cuando inicien la travesía a España. En cambio, las mujeres, decidieron no mirar hacia atrás por esa voluntad tan inquebrantable que les acompaña. Tuve que salir, no me quedaba más remedio. Mis tías me dijeron que me lo pensara, que mi padre se podría poner enfermo. Pero yo les dije: “¿Y quién piensa en mí”? Agarré mis cosas y me fui.

Los Primeros Momentos en España

Las mujeres inmigrantes ya instaladas en España, compatriotas o no, les irán preparando para que vayan interiorizando un tiempo acelerado del que ya no serán capaces de controlar, impelidas a una búsqueda constante de recursos para trabajar de manera continua y sin pausa desde los primeros momentos de su estancia en Madrid. Me llevó a su casa, en el barrio de Entrevías. Fuimos en tren y me iba explicando que aquí había que correr. Corría para un lado, para otro. Trabajaba como externa, limpiando cuatro casas. Al tercer día de estar en su casa me encontró un trabajo. Me explicó cómo se trabajaba por horas y los gastos que tendría que afrontar. Algunas mujeres tienen familiares instalados en Madrid, pero todas afrontan sus primeros momentos solas. Desde el primer instante afrontan insinuaciones sexuales vinculadas a su doble condición de mujeres e inmigrantes, incluida la institución policial. Parece que supieran qué gente es nueva, recién llegada, no pudiéndose sustraerse a las miradas ajenas por sus características raciales.

Los varones, en cambio, no añoran tanto el nuevo escenario porque empiezan rápidamente a ocupar espacios por los trabajos que se procuran, ajenos en cierta medida a

esas consideraciones de tipo espacial-afectivo, con esa deriva que este concepto pueda tener de valor emocional. Los varones más bien lo que procuran es buscar aquellos aspectos que les sirvan para buscar referentes que tengan que ver con sus estilos de vida. Alguno, incluso buscando signos del imaginario español, como el arte o el caballero español. Es significativo que la mujer y el varón que más han viajado en sus países de origen hayan utilizado un mapa para orientarse y no perderse, una para saber los hitos de la Puerta del Sol y tenerlo como referencia nada más salir del aeropuerto, el otro para callejear y buscar ambientes similares a los que se desenvolvía en su país y que le faciliten su integración. Las casas en las que viven en Madrid, aun siendo bastante más pequeñas que las de allí, las casas de aquí son ratoneras, consideran que están bastante mejor que las suyas, son más bonitas, están mejor cuidadas, mejor puestas y más ordenadas. Esta composición del espacio es para ellas extraña, al no calibrar la importancia de tener o no arreglada la casa. Para su cultura la casa es más un refugio, el lugar de descanso y encuentro familiar, el lugar en el que se tienen las pertenencias, más que un espacio de intimidad familiar. En sus casas sólo disponían de una radio y una mesa que a veces les servía de escritorio, por lo que no debe de sorprender la angustia y la incertidumbre cuando empiezan a realizar labores domésticas, ya que en un principio no están preparadas acerca de lo que significa llevar una casa. Lo que es una característica común a hombres y mujeres es que la dieta alimenticia sigue siendo la misma de sus países, sobre todo lo que se refiere al arroz. No es una cuestión de que no les guste la gastronomía española, sino que es un referente que les ata a sus culturas de origen. Sin arroz no hay dios, dicen las clases populares ecuatorianas. El alimento es una referencia constante de ambos sexos que remite a unos símbolos identitarios bastantes potentes, pues terminan convirtiéndose en referencias temporales tanto de orden como de cambio.

Cuanto más hacía más me exigía, sintetiza correctamente los primeros momentos de todas las mujeres cuando acceden a sus primeros empleos, que suele ser la mayoría de las veces en el servicio doméstico. Estas exigencias, vividas no sin conflicto, pero finalmente aceptadas, tienen que ver con la idea madurada de que vienen a sufrir y a aceptar cualquier trabajo bajo cualquier condición, cosa que no ocurre con los varones, al ser sus conductas más heterogéneas que las de las mujeres. Se puede hablar de un tipo ideal, en el sentido weberiano, de mujer inmigrante andina, basado en ciertos rasgos caracterológicos comunes por el hecho de que las motivaciones que las impulsaron a emigrar coinciden en lo fundamental en todas ellas, lo que se traduce a su vez en que la mayoría trabaje en el sector doméstico, mientras que las ocupaciones de los varones son más diferenciadas, como operarios de la construcción, chóferes o conductores, y que conlleva integrarse en el espacio de manera diferente, llevándonos a plantear la hipótesis que al no haber sido ellos quienes decidieron emigrar no se pueda hablar de un tipo ideal de varón andino inmigrante.

El que no exista un tipo ideal de varón se refleja en la manera distinta de acoplarse a la ciudad y la necesidad de disponer de espacios propicios para ello, al contrario que las mujeres, quienes desde un principio manifiestan tener más capacidad de adaptación, pero también más dificultad para apropiarse de espacios más amplios que vayan más allá de aquellos que les pueda proporcionar ventajas para conseguir un empleo. Las redes que construyen son una ventaja, pero también una desventaja, pues no les permiten salir a es-

pacios más amplios. Por tanto, la multiplicidad de formas de conducta y de estilos de vida de los varones, frente a la más homogénea uniformidad de las conductas de las mujeres, permitirá que se enfrenten al espacio de la ciudad de manera distinta y diversa a como lo hicieron y hacen ellas aún en la actualidad. Si las mujeres se relacionaron sobre todo con las regiones morales de la ciudad por la urgencia de encontrar trabajo, los hombres acceden a un empleo casi de manera inmediata gracias a las mujeres que los han reagrupado, permitiéndoles conocer y profundizar el espacio, sobre todo la geografía física, fundamentalmente por el tipo de trabajo que han desarrollado, lejos de los espacios domésticos a los que se ven forzadas las mujeres, y la posibilidad de acceder a un vehículo motorizado que sus trabajos les ha proporcionado. Empiezan a relacionarse y a arraigarse en el espacio gracias sobre todo a sus ocupaciones, rompiendo esquemas mentales que les permiten valorar poder viajar, disfrutar de los lugares y apropiarse de espacios más amplios que en sus sociedades de origen, donde las barreras simbólicas y físicas son tales que incluso les impiden conocer sus propias ciudades. Los inmigrantes no viajan dentro de España o no salen a conocer, no hay eso de que viajas o esperas los festivos. Que tratas de vivir el día a día, o sea, de lo que hay.

El trabajo y el Ocio en España

El trabajo definitivamente para las mujeres significa literalmente quedarse sin tiempo propio para ir en búsqueda de mejores empleos o para trabajar en varios sitios a la vez. Poseen una subjetividad propicia para ello, pues sus metas están tasadas de antemano: emigran para trabajar, aceptando la cuota de sufrimiento que se encontrarán por el camino, y a la que están tan acostumbradas. Se les exige un ritmo tan trepidante en sus trabajos por parte de quienes las emplean que quedan agotadas física, mental y emocionalmente. Tienen que adquirir el ritmo de trabajo a costa de amoldar sus cuerpos a los nuevos requerimientos temporales que les son impuestos y que no pueden negociar. Tienes que comer deprisa y como puedas. Cuanto más hacen más les exigen. Como trabajan en sectores donde la proximidad entre empleador y empleada es máxima, lo laboral se mezcla de tal manera que ambas dimensiones terminan por confundirse. La inclinación a manejarse en situaciones donde predominan los vínculos personalizados terminan por convertirse en muchas ocasiones en prestaciones personales por parte del empresario y en favores por parte del trabajador, acentuados aún más por la falta de regulación laboral, invadiendo lo laboral su intimidad privada, como cuando las llaman en el periodo de descanso para que vayan a trabajar. Se puede decir que más que relaciones capitalistas están en ocasiones sujetas a relaciones de tipo casi feudal. Apenas tienen tiempo para el ocio. Cuando libran están tan agotadas que lo único que les apetece es recluirse en el ámbito doméstico, realizando las tareas propias de un ama de casa. Muchas de ellas no han ido al cine, a pesar de estar viviendo muchos años en Madrid. Ninguna tiene ocasión de compartir su ocio con mujeres españolas, ni mucho menos con parejas españolas, así como tampoco con parejas de otras nacionalidades, incluso la suya, lo que profundiza aún más su mundo interior.

La mentalidad ahorradora de los varones es la misma que las de las mujeres, y al igual que éstas, trabajan en ocupaciones donde la proximidad personal es muy cercana a los empleadores, pero existiendo en muchas ocasiones una regulación laboral de por me-

dio. Lo que diferencia a las ocupaciones de los varones respecto a la de las mujeres, sobre todo en los primeros momentos, es que estos tipos de trabajo les permiten conocer el entorno más ampliamente, posibilitándoles tener más tiempo para comprender el lugar donde están. Lo que sucede también, y es una diferencia importante respecto a las condiciones en las que las mujeres desarrollan su actividad laboral, es que los hombres terminan por establecer una relación en la que cabe más la oportunidad para la negociación, al contrario de lo que sucede con las ocupaciones de las mujeres, donde existe, como hemos dicho, unas relaciones casi de tipo feudal, tanto por las relaciones a las que da lugar, como por la pretensión de las clases medias de aparentar lo que no son. Me vi con uniforme, cofia y guantes. Me decía a mí misma: “¡Pero si esto es lo que yo veía en las novelas en la televisión!

El trabajo les servirá para recuperar la estabilidad perdida, les proporcionará un estilo de vida y un tiempo asociado que irán interiorizando sin oportunidad de ser pensado ni reflexionado, la asunción de un tiempo capitalista al que contribuirá la propia dinámica de la inmigración, marcando el inicio de la construcción de nuevas biografías. Se convertirán de este modo en inmigrantes, hombres y mujeres sin un tiempo propio, instalándose en un mundo de desconfianza, incompreensión e inseguridad, reforzada además por la ineficacia de la psicología práctica que traen adquirida de sus sociedades de origen y que deja de reportarles las ventajas esperadas al estar en un mundo más pautado. Las mujeres harán gala de una especial adaptación a las situaciones cambiantes que les obliga su nueva situación, especialmente la urgencia de encontrar empleo. Esta adaptación se hará en primer lugar modificando sus actitudes corporales para integrar y amoldar su cuerpo a los nuevos y veloces requerimientos productivos, aunque también para evitar ser objeto de deseos sexuales, como hemos tenido ocasión de señalar. Por tanto, la reconfiguración de sus movimientos corporales supondrá una nueva forma de apropiarse del espacio a través de su ocupación, al precio de afectar a su salud física y mental. La sucesión tan veloz con la que se suceden los acontecimientos y las exigencias laborales a ellas asociadas hacen que no puedan ser asimilables y reflexionados por la falta de tiempo. La sociedad, a su vez, generará una falta de reconocimiento al poner toda la carga de las exigencias propias de la búsqueda del beneficio exclusivamente sobre el individuo y no sobre el grupo, acentuando la sensación real de agotamiento físico y mental que provoca saberse los únicos responsables de sus propias existencias y labores. Uno de los varones comenta que cuando tiene trato con sus compatriotas vive, y cuando no tiene relación con los españoles, no vive. En el fondo está reconociendo que vivir es compartir y comunicar. Una mujer en este mismo sentido señala que allí vives todos, y no como aquí, que cada uno es un mundo sin relación los unos con los otros. Se puede entender entonces que cuando ponen la música a todo volumen, no se trata de que no tengan consideración hacia los demás, sino que es una manera de dotar de sentido a ese momento, invitando y haciendo participe de la música a todo el vecindario. Se trata de un tiempo y un espacio creado entre todos y en el que todos se reconocen, tanto en el pasado, como por ejemplo en las letras de las canciones, en el presente, pudiendo indicar un estado de ánimo, como en el futuro, pues es una forma de decir que se reconocen juntos en ese acto insignificante y que se seguirán reconociendo. Existen multitud de actos cotidianos de los que esta hecha la vida social, y que son los auténticos circuitos por donde circula el sentido. Igualmente sucede con los olores, los ruidos, determinados espectáculos visuales o cualesquiera otros acontecimientos menudos. Su comprensión y su

interpretación es la verdadera integración.

Aquí y Allí

La materia de la que está hecha la inmigración es la incertidumbre. Es vivir un tiempo y un espacio que no son los propios. No son ni de aquí ni de allí. Aquí, para las mujeres inmigrantes andinas, es no disponer de tiempo. Allí, es tener tiempo de sobra. Esta contradicción tiene su reflejo en primer lugar en la queja que manifiestan las mujeres acerca del poco tiempo del que disponen en Madrid y el amplio margen de tiempo del que disponían en sus ciudades de origen. La paradoja de esta aseveración no reside en la primera proposición, que es verdad, sino en la segunda, pues en sus sociedades no es que haya más o menos tiempo sino que el tiempo está, si no atascado, por lo menos detenido. La explicación habría que buscarla en los ritmos de las ciudades de donde vienen. En el caso de Quito, y presumimos que en el resto de las ciudades andinas, presenta muchos problemas para trasladarse de un lugar a otro, tanto por la deficiencia de su transporte público como por el alto grado de inseguridad ciudadana, que hace que abandonen precipitadamente el espacio público a unas determinadas horas. En Madrid, en cambio, se desplazan a muchos lugares de la ciudad con suma facilidad debido a la facilidad del transporte, ocupando también durante más tiempo la ciudad. Esta circunstancia que aparentemente debería de ser una ventaja para ellas, sin embargo, se convierte en una queja generalizada cuando señalan que en Madrid les falta tiempo y que en sus países el día tiene más de 24 horas, impresión obviamente contradictoria, pero que sin embargo tiene una doble explicación: por un lado la falta de ayuda de amistades y familiares, que hace que las energías se agoten, y por el otro, la equiparación inconsciente entre el alto número de actividades, que una gran urbe permite, y el tiempo invertidas en ellas, o dicho de otra manera, muchos desplazamientos equivalen a muchas horas que restan tiempo al reloj. En sus ciudades, por el contrario, no son numerosos los desplazamientos, como tampoco son grandes las distancias que realizan, con lo que el resultado es la disposición de mucho tiempo, y por tanto el tiempo suma, aunque luego exista un queja acerca de la lentitud en la que se desenvuelve la vida cotidiana, desde las grandes colas que se forman para hacer cualquier tipo de trámite, hasta los intentos infructuosos para llevarlos a cabo, obligándoles a volver a intentarlo de nuevo en otro momento con la ayuda de familiares o amistades, que a su vez facilitan la realización de otras tareas al mismo tiempo. A la escasez y la ineficiencia del transporte público, hay que añadir que los escasos desplazamientos de un lugar a otro de la ciudad obedecen a la poca necesidad de contactar con otros grupos sociales, más altos o más bajos en la jerarquía de la ciudad, circunscribiendo en sus espacios sociales de referencia todos los contactos que mantienen con el mundo social. Cuando emigren a Madrid, utilizarán la ventaja de esa forma de estar y utilizar los espacios reducidos, aprovechando las ventajas de saber que es en esos lugares justamente donde se encuentran los recursos disponibles para integrarse en la ciudad. Recursos que en mucha ocasiones ni siquiera los nativos son capaces de descubrir. Por eso se mueven en los locutorios de los barrios, en las iglesias barriales y en todos aquellos lugares populares, lo mismo que hacían en sus ciudades.

Los valores adquiridos en la infancia por parte de los hombres, tales como la experimentación, la improvisación y la idealización familiar, y los valores adquiridos por las muje-

res, tales como la obligación, la responsabilidad y una concepción más realista de las relaciones dentro de la familia, contribuyen a una determinada concepción del tiempo y a las distintas formas de relacionarse con él, aspectos todos ellos que tienen que ver con el espacio físico y social de las sociedades de origen y cómo hombres y mujeres se enfrentaron a él. Los hombres empiezan más trayectorias de vida que las mujeres pero las finalizan menos, es decir, hay una experiencia del tiempo más ligada al principio y al final precipitado de las experiencias vividas. Los varones inmigrantes, no son del todo conscientes de las reglas sociales imperantes en las sociedades de acogida, aunque tampoco ésta ayuda a que las conozcan. Antes de que esto ocurra les estigmatizan como “inmigrantes” o les colocan cerca del mundo de la desviación, cerca del delincuente, del enfermo, del extraño, una manera de no propiciar un encuentro con mundos diferentes, por tanto una forma de no compartir un mundo de porvenir. Las borracheras, las fiestas que montan en los edificios donde viven, la preferencia del baile y la música a la conversación en los distintos encuentros a que da ocasión los ratos de ocio, o que accedan a los trabajos más penosos en los que se involucra todo el cuerpo, son todos aspectos que nos hablan de formas diferentes de construir el espacio, de ocuparlo, y también una forma específica de construcción y de interiorización de los ritmos temporales ya desde sus lugares de origen, y como no, también una manera distinta de evaluar las consecuencias de sus acciones, lo que está directamente relacionado con esa dificultad que tienen los varones de gestionar su futuro.

Las mujeres, lo repetimos una vez más, son más rápidas en el aprendizaje del tiempo. Los varones, por el contrario, tienen más dificultades. Es difícil encontrar en los relatos de los hombres un orden lógico en el que al pasado le siga el presente y a éste el futuro, de ahí que las razones esgrimidas para emigrar adquieran todo su sentido cuando estén ya instalados en España y haya un marco de estabilidad temporal en el presente que les fije a los lugares que les permita recordar y reflexionar sobre las razones de sus salidas. Cuando la sociedad de acogida y el ritmo de trabajo les impongan cambios en sus modos de vida, cuando no estén tan sujetos a la imprevisibilidad de sus sociedades de origen, empiezan a tomar decisiones certeras y a finalizar lo que empiezan, a finalizar sobre todo el relato incompleto de sus trayectorias. La rutina puede degradar pero también componer una vida mediante la asunción de la responsabilidad individual (Sennet, 2000: 39). La programación del tiempo que ahora es posible y que en sus lugares de origen era más que problemático, les permite fomentar una narrativa merced a las obligaciones que les impone la nueva situación así como también la problematización del fracaso, lo que les permite encontrar una sensación más coherente de su yo y de su tiempo.

Conclusiones

Como hemos comprobado, y este es el nudo gordiano, hay algo de paradójico en el punto de partida y en el punto de llegada de mujeres y varones. Las mujeres inmigrantes construyen el relato de sus biografías muy pegadas a las condiciones sociales de origen, con un horizonte a sus espaldas lleno de dificultades. Los varones, por su parte, construyen el relato de su vida de manera más individual, lo que les inclina a engendrar una estructura de carácter constantemente en recuperación y con más problemas para dotar de sentido su emigración. Sin embargo, el discurso de las mujeres paradójicamente se trasmu-
tará en la

sociedad de acogida en un discurso lleno de dificultades, el mismo que tenían los hombres en sus países de origen, y sin esa perspectiva global de su situación, tal como hemos indicado, abocadas a un mundo más rutinario que cuando estaban allí y del que no son capaces de desembarazarse. Los varones, por el contrario, cuando se arraigan en el espacio, y por tanto en la rutina, retoman un discurso más lineal, finalizando y dando coherencia a sus relatos, que justamente es lo que les faltaba cuando intentaban pensar en sus trayectorias vitales.

La población inmigrante suele ir a remolque de las perspectivas de futuro de la sociedad que los acoge, debido, entre otras razones, a que los condicionamientos sociohistóricos han contribuido a demarcar trayectorias de vida diferenciadas que hace que la interpretación de cuáles sean las necesidades a satisfacer varíen de un grupo social a otro y de una sociedad a otra. La pobreza es un freno en sí mismo y lo que se tiene sirve en parte de punto de referencia para determinar lo que se querría tener. (Durkheim, 2004), O dicho de otra manera, los españoles manifiestan una queja acerca de sus posibilidades de futuro laboral y profesional frente a la visión más benigna en cuanto a las expectativas que manejan los inmigrantes que no es sino otra de las imágenes de calidad de vida y posibilidades que ofrece una sociedad desarrollada centrada en la cultura del mercado y del consumo (C. Santamarina, 2005). Los ideales susceptibles de satisfacer están condicionados por la conquista desigual de derechos democráticos y sociales de las sociedades respectivas, por lo que siempre existe una distancia social, en nuestro caso entre nacionales e inmigrantes, tanto en términos materiales como ideológicos. En términos materiales porque no se satisfacen las mismas necesidades en cantidad y calidad, e ideológicos porque no entran en los esquemas mentales el derecho a superar determinadas carencias y por tanto ser objeto de reivindicación. Las carencias materiales y el desfase histórico se convierten de este modo en frenos al cambio mediante la reproducción de las condiciones del pasado. Una forma de hacer tiempo, de provocar el cambio, radica entonces en decidir y por tanto en elegir aquellos satisfactores que proporcionen una mejor calidad de vida, los cuales varían a lo largo de las biografías familiares, desde los más directamente relacionados con la mera supervivencia hasta los relacionados con el afecto, la elección de pareja o el acceso a expresiones de gusto, entre otros. No existe cambio ni continuidad en el tiempo si los espacios, tiempos, valores y creencias son los mismos para los miembros de las distintas generaciones que forman la familia, tal como hemos comprobado en esta investigación.

Bibliografía

CASTORIADIS, C (1989), *La institución imaginaria de la sociedad, Vol. 2, El imaginario social y la institución*, Barcelona, Ed. Tusquets.

ORTEGA Y GASSET, J (1972), *El hombre y la gente*, Madrid, Ed. Espasa Calpe.

ELÍAS, N (1987), *La soledad de los moribundos*, México, Ed. FCE.

VALDANO, J (2011), *La selva y los caminos*, Quito, Ministerio de Cultura Ecuador.

DURKHEIM, E (2004), *El suicidio*, Madrid, Ed. Losada.

SANTAMARINA, C (2005), *Consumo y ocio de los inmigrantes latinoamericanos en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.